

# **NICARAGUA: EL DESARROLLO CAPITALISTA DEPENDIENTE Y LA CRISIS DE LA DOMINACIÓN BURGUESA. 1950-1980**

RENÉ HERRERA ZÚNIGA

LOS CAMBIOS de las estructuras sociales causados por las modalidades recientes del desarrollo capitalista dependiente seguido en Centroamérica, han creado y están creando modificaciones sustanciales en las relaciones y formas tradicionales de dominación burguesa.

Esas modalidades recientes del desarrollo capitalista se refieren a la profundización del proceso de industrialización, bajo la égida de la gran empresa capitalista internacional y, los cambios provocados por ese proceso se refieren a las nuevas clases sociales que surgen del mismo: burguesía industrial y proletariado urbano. Ambas son cualitativamente diferentes a la vieja oligarquía agroexportadora de la que provienen y con la que conviven y a la clase campesina proletarizada por la economía agrícola de exportación, respectivamente. Y son también diferentes en alguna medida a los primeros grupos burgueses y trabajadores urbanos industriales surgidos en las primeras etapas de la industrialización sustitutiva de importaciones llevadas a cabo en los finales de los años cincuentas y comienzo de los años sesentas.

El ingreso del gran capital internacional en las esferas internas de las economías centroamericanas a partir de los años sesentas con el motivo de la integración económica regional, ha producido modificaciones importantes en la afirmación capitalista de la economía agroexportadora y fundamentalmente en los patrones de industrialización sustitutiva de importaciones y de producción industrial para la exportación. Ha provocado además, una descomposición y una nueva fusión de intereses de las clases dominantes locales, subordinándolas de modo importante a sus propios intereses. Este fenómeno se ha conducido mediante el reforzamiento o la creación, según el caso, de un proceso intenso de concentración empresarial, seguido de un proceso de concentración financiera y de monopolización del mercado, de la tenencia de la tierra y finalmente del reforzamiento del control pleno del poder político. Esto último les ha permitido a las clases dominantes, haciendo uso de dictaduras militares totalmente subordinadas a sus intereses,

la continuación y profundización del modelo de capitalismo monopólico, sin necesidad de hacer mayores concesiones a las masas y aplicarles, por el contrario, barreras represivas a su organización y expresión políticas. Sin embargo, ello no ha impedido los efectos que tal modelo ha producido en la composición y diferenciación interna de las clases sociales.

Si bien al nivel de la clase dominante unos cuantos grupos, frecuentemente familiares, controlan las distintas actividades tradicionales y modernas en una continuidad histórica de dominación monopólica, el crecimiento de la economía industrial y comercial y el reforzamiento de la economía capitalista agrícola de exportación, ha provocado una diferenciación de intereses en su propio seno. Asimismo, la concentración capitalista, tanto en el área de la economía agrícola de exportación, como en el área industrial moderna, ha venido a romper la atomización que caracterizaba a la clase campesina y la clase obrera urbana en los periodos anteriores de economía agrícola tradicional e industria artesanal y fabril atrasada, dando paso a nuevas formas y contenidos de la lucha obrera. Esto le ha permitido a la clase obrera rural y urbana mayores avances de organización y fuerza política para contestar la explotación que sufre en el campo y la ciudad y acercarse, por la vía de la protesta, a los sectores de la pequeña y mediana burguesía afectada y en muchos casos desplazada como efecto de la concentración monopólica de la economía bajo los intereses del gran capital.

Sin embargo, dada la vinculación estructural que esos grupos empresariales guardan en relación a las inversiones del gran capital, no ofrecen la posibilidad de una conducción estable del movimiento de masas bajo la bandera de un proyecto nacional de desarrollo. Por el contrario, siguiendo el ritmo de la economía, en sus periodos de auge aparecen estrechamente vinculados a los proyectos más reaccionarios del gran capital y en los periodos de depresión aparecen vinculados a los proyectos de reformulación de políticas, proponiéndole al gran capital que les permita mejores condiciones en su situación de dependencia. Es en estos periodos de crisis, cuando se acentúan los fenómenos de concentración y recomposición de los grupos dominantes, que la mediana y pequeña burguesía pretende, no siempre con éxito, reformular las propuestas de los sectores populares para usarlas en su beneficio, sin llegar a incluir modificaciones profundas en los regímenes de explotación económica y dominación política prevalecientes. El oportunismo y el reformismo se funden en periodos de crisis y se separan en periodos de auge. Sin embargo, los grupos que no alcanzan a reincorporarse bajo nuevas y mejores condiciones durante la recuperación económica, constituyen la fuente de radicalización de la pequeña burguesía que aparece en los últimos años incentivando los procesos de democratización.

Es por eso que la comprensión del fenómeno de la lucha de clases y la

crisis interburguesa que se libra actualmente en Centroamérica sólo es posible si se detectan, mediante el análisis histórico, las formas y contenidos de las modificaciones económicas operadas en los últimos años, su originalidad y el momento en que ésta implica un cambio de calidad, capaz de generar expresiones críticas en las fuerzas sociales que producen.

Estudiaremos el caso de Nicaragua dentro de este esquema general, no sin antes hacer algunos comentarios sobre las diferencias importantes que presenta Nicaragua. La crisis interburguesa se expresa en formas más diferenciadas que en el resto de los otros países centroamericanos, ya que el somocismo constituye a lo largo de toda la sociedad un nuevo centro de dominación, fuerte, moderno y bien integrado, que vino desligando al Estado y al Ejército de los intereses más esenciales del resto de la dominación burguesa que le había dado su origen y sustento histórico. Utilizando a fondo los mismos mecanismos de sobreexplotación y represión a su favor, ese nuevo centro de dominación enfrentó a la clase dominante en su interior, en momentos en que el sistema global de dominación burguesa venía siendo contestado abiertamente por las fuerzas populares armadas. Esta coincidencia histórica de la crisis interburguesa y la lucha de clases, dio a su vez especiales particularidades al desenlace revolucionario de la crisis nicaragüense.

En la primera parte de este trabajo se intentan apuntar los rasgos principales de las modificaciones ocurridas en el seno de la economía, la sociedad y la política nicaragüense en los últimos treinta años (1950-1979), como un esfuerzo de comprensión de la crisis que desemboca en el triunfo revolucionario.\* En la segunda parte del trabajo se hacen consideraciones sobre el desarrollo de los acontecimientos que siguen al triunfo sandinista.

## I

La crisis que conduce al triunfo revolucionario en Nicaragua no es el resultado de contradicciones que se dan en un país atrasado en situación de estancamiento: es consecuencia del desarrollo de un exacerbado capitalismo monopólico y dependiente que se inicia particularmente desde 1950 y que creó un conjunto de contradicciones en el interior de la clase dominante y en la sociedad entera nicaragüense. A partir de 1950 el desarrollo capitalista nicaragüense se caracteriza por la expansión y diversificación de la economía agropecuaria de exportación y desde 1960 por el inicio de un

\* Esta primera parte incluye una versión ampliada y revisada del artículo que el autor publicó en la revista *Nexos*, núm. 22, México, octubre de 1979.

proceso de industrialización sustitutivo de importaciones y de producción industrial dirigida al mercado externo.

El proceso de internacionalización del capital en Nicaragua que se desarrolla a partir de la integración e industrialización subregional en los años sesentas aporta lo nuevo del modelo de acumulación capitalista iniciado en los años cincuenta con la diversificación agropecuaria. Esto es en cuanto modifica sustancialmente las relaciones nacionales e internacionales en las que transcurre el proceso de acumulación capitalista.<sup>1</sup> Aquí se señalan algunos de los rasgos esenciales de ese desarrollo, las alteraciones que produjo en la sociedad y la relación de estos cambios con la crisis que desemboca en la caída del régimen de Somoza y la previsible destrucción del sistema de dominación burguesa.

### DOMINACIÓN BURGUESA Y EXPANSIÓN CAPITALISTA

El somocismo es algo más que una expresión familiar. Es un sistema de dominación que la burguesía nicaragüense y el imperialismo impusieron a la población para realizar una nueva fase de acumulación capitalista. La institucionalización de la dictadura militar somocista, como régimen de dominación clasista, ocurre el 3 de abril de 1950 con la firma del pacto político entre Emiliano Chamorro, por los conservadores, y Anastasio Somoza García, por los liberales, cuya expresión legal es la Constitución Política de ese año.<sup>2</sup> Este pacto buscaba cimentar una alianza de las clases dominantes para promover la implementación de un nuevo modelo de acumulación que rebasara el prevaeciente en la economía cafetalera, que durante setenta años no logró implantar las relaciones capitalistas de producción a escala nacional. El carácter monopólico de la dominación burguesa (no más de veinte familias) requería entonces un sistema sustentado en la violencia y la represión que garantizara la sobreexplotación del trabajo.

La característica fundamental de la economía nicaragüense a partir de 1950 es la de un notable crecimiento, como puede verse en los cuadros adjuntos.

Los factores que favorecieron este crecimiento económico fueron la demanda externa de los productos básicos de exportación agrícola, agropecuarios e industriales (café, algodón, azúcar, arroz, carne, lácteos, aceites

<sup>1</sup> Donald Castillo, El nuevo modelo de acumulación de capital en América Latina, con referencia al caso de Centroamérica. *Estudios Sociales Centroamericanos* núm. 24, enero-abril, 1980, San José, Costa Rica.

<sup>2</sup> Emilio Álvarez Lejarza, *Las Constituciones de Nicaragua*, Madrid, 1958.

Cuadro 1

PRODUCTO INTERNO BRUTO  
% de crecimiento anual

País	1950-51	1961-62	1969-70	1974	1975	1976-77
	<sup>a</sup> 1959-60	<sup>a</sup> 1967-68	<sup>a</sup> 1972-73			
Guatemala	4.4	6.6	9.7	6.4	1.9	7.7
El Salvador	4.9	7.8	6.7	6.4	4.2	4.8
Honduras	4.1	7.0	5.9	0.6	0.5	7.2
Nicaragua	6.1	9.8	6.4	12.9	1.8	6.4
Costa Rica	7.3	8.7	7.2	5.5	2.1	5.6

FUENTES: William Cline y Enrique Delgado (Eds.) *Economic Integration in Central América*. The Brookings Institution, Washington, 1978, p. 61. Para los años 1974 a 1977 los datos son tomados de: Banco Interamericano de Desarrollo. *Progreso Económico y social en América Latina*. Informe 1977. Washington, 1976, p. 8.

Cuadro 2

INDICADORES ECONÓMICOS  
1950-1976

Años	Exp. <sup>1</sup>	Imp. <sup>1</sup>	Medio circulante	Crédito <sup>2</sup> bancario	Deuda <sup>1</sup> externa	Reservas <sup>1</sup> Internacionales
1950	34.6	24.7	122.0	109.0	—nd—	15.7
1960	63.0	72.0	264.0	388.0 <sup>a</sup>	21.7	11.0
1965	149.0	160.0	537.0	1 059.0	57.2	28.0
1970	179.0	199.0	600.0	1 930.0	174.8	7.0
1975	375.0	516.0	1 313.0	4 917.0	642.7	16.0
1976	525.0	540.0	1 675.0	7 000.0 <sup>b</sup>	702.3	56.0

FUENTES: Informes del Banco Central de Nicaragua de los años 1961 a 1976.

<sup>1</sup> Millones de dólares

<sup>2</sup> Millones de córdobas.

<sup>a</sup> 63% de crédito agropecuario.

<sup>b</sup> 27% de crédito agropecuario.

vegetales, sustancias químicas y productos metálicos); una intensa utilización de la capacidad productiva; disponibilidad de tierras y recursos humanos en una proporción favorable; y disponibilidad de capital externo para la industrialización sustitutiva y de exportación.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Fuentes: Consejo Nacional de Economía. Oficina de Planificación, *El desarrollo económico y social de Nicaragua, 1950-1962*. Managua, Nicaragua, 1964 (citado en adelante como CNE), pp. 3-6. Banco Central de Nicaragua. Informes Anuales de 1961 a 1976. En adelante citados como BC.

Cuadro 3

CONTRIBUCIÓN DE LOS SECTORES AGROPECUARIO Y MANUFACTURERO  
EN EL PRODUCTO INTERNO BRUTO  
1950-1977 (% del PIB)

Sectores	1950	1960	1970	1977
Agropecuario	43.5	24.6	23.0	22.6
Manufacturero	8.2	15.6	23.0	23.6

FUENTE: Banco Central de Nicaragua. Informe anual 1961; BID, *op. cit.*, pp. 16 y 27.

El cultivo y exportación del algodón, en el sector agropecuario, y la sustitución de importaciones y producción industrial para el mercado externo, en el sector industrial, crearon una nueva composición y diferenciación de las estructuras de clase.

Cuadro 4

POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA CLASIFICADA SEGÚN RAMAS  
DE ACTIVIDAD ECONÓMICA

Ramas de actividad	1950	1963	1971	1977
Todas las ramas	100.0 <sup>a</sup>	100.0 <sup>a</sup>	100.0 <sup>a</sup>	100.0 <sup>a</sup>
Agricultura, silvicultura, caza y pesca	67.7	59.6	46.9	42.0
Minas y canteras	1.0	0.8	0.6	0.1
Industrias manufactureras	11.4	11.7	12.4	16.0
Construcción	2.6	3.3	4.0	4.8
Electricidad, gas, etc.	0.2	0.3	0.6	0.6
Comercio	4.6	7.3	9.4	13.2
Transporte, almacenamiento y comunicación	1.9	2.5	3.4	2.9
Servicios	10.6	14.2	20.9	19.8
Actividades no bien especificadas	—	0.3	1.8	0.6

FUENTE: Censos Nacionales de 1950, 1963 y 1971. Para 1977, Encuesta Demográfica de Nicaragua (EDENIC). Cubre la PEA de ambos sexos.

<sup>a</sup> Número de personas equivalentes al 100.0 por años de referencia: 1950: 360 mil; 1963: 496 mil; 1971: 600 mil y 1977: 770 mil.

EXPANSIÓN AGRÍCOLA Y PROLETARIZACIÓN CAMPESINA

Las transformaciones en la tenencia y uso de la tierra se producen por el carácter expansivo de la producción algodonera. De 1 100 Has. cultivadas

en 1949, se pasa a 17 250 en 1951, 88 500 en 1955, 150 000 en 1960 y 282 000 en 1976. En pocos años el algodón llegó a representar el 85% de las áreas de cultivo de la región del Pacífico.<sup>4</sup>

Esta expansión algodonera provocó la expulsión constante de los campesinos y pequeños propietarios de esas zonas hacia el interior de la montaña, los municipios y ciudades, convirtiendo a la mayoría de ellos en asalariados agrícolas temporales. También significó el inicio de una tremenda concentración de la tenencia de la tierra, a tal punto que para 1969-70 sólo el 15% de los productores de algodón controlaban el 75% de todas las áreas cultivadas; en 1976 el 11% de los productores controlaban el 75% del área cultivada.<sup>5</sup> Este monopolio refleja a su vez el monopolio del crédito y del suministro de bienes y servicios para la producción, como luego veremos.

La expulsión de campesinos y pequeños propietarios produjo una fuerte migración hacia las ciudades más importantes del Pacífico: Managua, León y Chinandega, al grado que Managua, que tenía 98 mil habitantes en 1950, tiene 234 mil en 1960 y 434 mil en 1975. Chinandega, que tenía 12 mil en 1950 alcanza 22 mil en 1960 y 38 mil en 1975. León, que tenía 30 mil en 1950, llega a tener 45 mil en 1960 y 73 mil en 1975.<sup>6</sup> Estos flujos migratorios impulsaron el crecimiento de las actividades comerciales, artesanales y fabriles y de los distintos servicios urbanos, con la consecuente formación de grupos medios y sectores organizados de obreros artesanales e industriales.

En el campo los campesinos se fueron proletarizando. Trabajaban 78 días al año con un salario equivalente a 2.50 dólares diarios en 1976.<sup>7</sup> El resto del año se remontaban a la montaña o iban a las ciudades; cuando conseguían trabajo en éstas lo hacían bajo un intensa sobreexplotación que limitó su reproducción como fuerza de trabajo.<sup>8</sup> Durante el año 1976 fueron contratados un total de 120 mil obreros agrícolas en la cosecha algodonera, equivalente al 46% de la población económicamente activa total rural.<sup>9</sup> Considerando los obreros requeridos en total por el algodón, el café y demás producción agropecuaria, el 21% de la fuerza de trabajo rural se consideraba en 1970 como subempleada.<sup>10</sup>

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> Informe de la Comisión Nacional del Algodón, cit. por BC, 1970 y 1976.

<sup>6</sup> Oficina Ejecutiva de Encuestas y Censos. *Boletín Demográfico* núm. 4, Managua, Nicaragua, 1978.

<sup>7</sup> BC, p. 32, 1976.

<sup>8</sup> Entre 1967 y 1971 el aumento de la demanda del sector familia por productos agrícolas fue de 0.8% en vez del 3.6% que correspondería en función del crecimiento de la población y el ingreso para el periodo.

<sup>9</sup> BC, p. 145, 1976.

<sup>10</sup> William Cline y Enrique Delgado (Eds.), *Economic Integration in Central*

## EL CRECIMIENTO DE LA INDUSTRIA

La expansión algodonera tuvo efectos sobre el desarrollo artesanal y fabril desde comienzos de los años cincuentas, por el crecimiento de la población urbana. De 1950 a 1962, el producto industrial creció a una tasa de 7.8% acumulativo anual.<sup>11</sup> En ese periodo se desarrollaron básicamente las industrias tradicionales, con ligeros cambios estructurales en todo el sector manufacturero. En buena medida los términos favorables del intercambio favorecieron las importaciones, fortaleciendo el sector comercial importador. El crecimiento industrial permitió sin embargo, que se manifestara un incremento en la población económicamente activa del sector manufacturero a un ritmo mayor que el crecimiento total de la población activa (29.2% y 26.5% respectivamente). Las actividades industriales y artesanales ocupaban en 1950 a 38 mil personas, para 1962 ocupaban un total de 50 mil personas.<sup>12</sup> Esto significa que la industria absorbió sólo un promedio de 1 170 personas por año durante el periodo considerado. Sin embargo, la mayor asimilación de mano de obra durante el periodo fue la del sector de la construcción y servicios, que se vieron ampliados sustancialmente por la expansión urbana. Las características de la mano de obra industrial revelan que el 60% de los trabajadores ocupados en 1962 estaban en el sector de actividades artesanales, produciendo el 24% de la producción industrial y el 40% restante estaba en el sector fabril, produciendo el 76% de la producción, distribuidos en un total de 567 establecimientos fabriles, con ocupación media de 36 personas cada uno.<sup>13</sup>

En los años sesentas, bajo el marco de la integración centroamericana se inicia un proceso de industrialización sustitutivo de importaciones y de producción para el mercado externo. Este proceso trae consigo una importante variación en las estructuras de la producción industrial y en la composición de las exportaciones nicaragüenses. Las industrias modernas de integración (principalmente de sustancias y productos químicos, productos metálicos) las industrias intermedias y el sector agroindustrial crecieron más que las industrias tradicionales.<sup>14</sup>

Por otra parte, las exportaciones de productos industriales que ocupa-

*America*. The Brookings Institution, Washington p. 68, 1978 (en adelante citado como Cline).

<sup>11</sup> CNE, p. 152.

<sup>12</sup> CNE, p. 153.

<sup>13</sup> CNE, p. 153.

<sup>14</sup> Ministerio de Economía, *Estadísticas del desarrollo industrial de Nicaragua 1960-67*. Managua, Nicaragua, 1968. También, BC, 1968 a 1976.

ban el 15% de las exportaciones totales en 1960 pasan a 25% en 1966 y a 49% en 1976, de las cuales el 60% eran productos agroindustriales.<sup>15</sup>

En el periodo de sustitución de importaciones y producción industrial para el mercado externo (1961-1977) el crecimiento promedio del valor agregado en el sector manufacturero nicaragüense fue de 9.5% anual, un poco mayor que el de Costa Rica que fue de 9.2% y de Guatemala que fue de 7.0%.<sup>16</sup> Este crecimiento está ligado a la nueva estructura industrial. Las industrias dinámicas (principalmente química y de productos metálicos) son instaladas directamente por empresas transnacionales; las industrias intermedias y las tradicionales, modernizadas al amparo de la integración, fueron iniciadas con capital nacional básicamente, pero en su modernización fueron infiltradas recientemente por capital extranjero.<sup>17</sup>

### EL PAPEL DEL CAPITAL EXTRANJERO EN LA INDUSTRIALIZACIÓN

Se han desarrollado técnicas para identificar el carácter de las empresas transnacionales, magnitud de sus inversiones, desplazamiento geográfico, tendencias de ubicación, etc. Sin embargo, no se ha logrado aún reunir suficientes elementos que permitan identificar con claridad cuáles son las distintas modalidades de penetración y los rasgos específicos de penetración que pueden adoptar dentro de una economía en particular.

Quizá de ello deviene la confusión respecto al papel económico del imperialismo en Nicaragua. Equiparar la magnitud —valor en libros— de las inversiones directas con la cantidad de poder económico que puedan desplazar esas inversiones en la estructura productiva es correcto siempre que no existan otros mecanismos de penetración que hagan que su poder descansa más allá de las inversiones directas.

En el caso de Nicaragua estamos frente a una situación especial que ha llevado a que la penetración de las transnacionales se dé mediante modalidades un tanto diferentes a la utilización en otros países de la misma zona.

Esa situación especial se deriva de dos circunstancias nacionales. En primer lugar, Nicaragua ha sido históricamente un punto estratégico para la seguridad norteamericana; un país especial y, en consecuencia, un país de riesgos visibles para la inversión extranjera. Riesgos que debían afron-

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> Banco Interamericano de Desarrollo, *Progreso económico y social de América Latina. Informe 1977*, Washington, p. 25, 1978 (en adelante citado como BID).

<sup>17</sup> Centro de Información. Documentación y análisis del movimiento obrero latinoamericano. CIDAMO, *Carta Informativa*, México, abril de 1979, p. 2 (citado en adelante como CIDAMO).

tarse diseñando modalidades y mecanismos diferenciados. En segundo lugar, dentro del mismo esquema de seguridad norteamericana, y la dominación burguesa (somocismo) siempre estuvo consciente de ello, se forjó una particular estructura interna de dominación que como luego veremos se concretó históricamente en un exacerbado capitalismo monopólico ejercido por dos y luego tres bloques económicos interconectados. En consecuencia no sólo se trataba de un escenario en el cual la seguridad norteamericana había logrado patrocinar un Estado fuerte con un régimen autoritario y represivo, sino también una estructura de dominación que derivada de las condiciones internas favoreció una elevada concentración monopólica. Estas dos circunstancias, el carácter particular del Estado somocista y la concentración monopólica del poder económico que lo impulsaba, impusieron una dinámica especial a la sociedad, la política y la economía nicaragüense, un tanto diferente a lo acontecido en otros países de la zona.

El capital extranjero es consciente de esas circunstancias y ajusta su actuación a partir de ellas. En primer lugar recurre a la fortaleza del Estado somocista y lejos de arriesgar aportaciones directas de capital propio utiliza los mecanismos financieros del Estado. Aparece en el mercado como empresa que solicita al Estado crédito para instalarse como empresa nueva, con todos los beneficios del régimen integracionista subregional, previamente patrocinado. En segundo lugar hace entrar en el juego a los centros de dominación existente mediante la internacionalización de la banca privada que corresponde precisamente a la formación de esos centros de dominación: Banco de América, Grupo Banamérica; Banco Nicaragüense, Grupo Banic. No recurre a la instalación masiva de bancos extranjeros: utiliza los bancos locales.

Esto ha significado formalmente que la inversión extranjera directa —en libros— sea baja, que el número de empresas transnacionales sea elevado respecto la inversión directa y que las sucursales de bancos extranjeros tengan poca incidencia en el gran proceso de transnacionalización en el área de la industria y a fechas posteriores de la agroindustria.

El valor en libros de la inversión directa en Nicaragua es el más bajo de toda Centroamérica, participa con el 9.4%, contra el 27.1% de Guatemala, el 26% de Costa Rica, el 24% de Honduras y el 13.5% de El Salvador.<sup>18</sup> Cuando se pasa de la clasificación por magnitud de la inversión a la clasificación por número de empresas transnacionales, Nicaragua deja de ser el quinto lugar para ser el tercero, debajo de Costa Rica y Guatemala.<sup>19</sup> Dada la concentración de poder económico en Nicaragua, las exi-

<sup>18</sup> Donald Castillo, *op. cit.*

<sup>19</sup> *Ibid.*

gencias de una mayor proliferación de empresas en competencia disminuyen, ya que los interlocutores son pocos. Esto atrae con mayor facilidad a las empresas transnacionales más poderosas y con mayor capacidad de control de los procesos de producción complementarios, siguiendo la misma línea de la dominación local. No más competencia de la necesaria, ni más empresas de las necesarias. La proliferación de empresas transnacionales en Costa Rica y Guatemala, por ejemplo, podría estar relacionada con la mayor diversidad de los grupos de dominación capitalista en esos países.

Para 1970 las dos agencias gubernamentales de fomento y crédito, el Instituto de Fomento Nacional (creado desde 1953) y Banco Nacional aportaron el 55% del crédito total del sistema financiero nacional, canalizando hacia el sector privado la expansión continuada de los fondos contratados en el exterior.<sup>20</sup> Esta capacidad de crédito sólo fue posible mediante una internacionalización de capital financiero del Estado. Paralelamente, a partir de la Ley General de Bancos y Otras Instituciones de 1963, se produce la apertura a la participación de recursos externos en la banca privada. En 1960 los recursos de origen externo en el sistema financiero equivalían al 5%, en 1969 equivalían al 49%.<sup>21</sup> Como se anota en otra sección de este trabajo, es en ese periodo que los dos bancos locales alcanzan el inicio de una profunda dependencia de los grandes centros financieros norteamericanos. Internacionalización de las finanzas públicas e internacionalización de las finanzas privadas. Los bancos extranjeros con sucursal en el país no se vieron expandidos en sus operaciones en la magnitud que lo hicieron los bancos locales. Las inversiones de las transnacionales aparecen así como proyectos financiados por el Estado, con una contraparte financiada por los bancos locales.

En el caso de Nicaragua las agencias gubernamentales de crédito fueron, por ejemplo, las que financiaron la instalación en el país de las empresas transnacionales que controlan plenamente el complejo industrial de productos y sustancias químicas, bajo carácter de empresas locales, utilizando créditos contratados por el Gobierno en el exterior para esos fines.<sup>22</sup>

En el caso de la rama industrial química, como un ejemplo, las empresas aparecen como asociadas a Inversiones Nicaragüenses de Desarrollo (INDESA) del Grupo Banic y su financiamiento como proyecto del Instituto de Fomento Nacional. En el caso de la rama de metalmetálicos ha sucedido lo mismo.

Es oportuno señalar que la sostenida utilización de recursos financieros

<sup>20</sup> BC, p. 40, 1970.

<sup>21</sup> BC, 1960 y 1970.

<sup>22</sup> BC, pp. 38 y 220, 1970; BC, p. 37, 1977.

locales por las empresas enclavadas en ambas ramas (química y metálica) es congruente en los últimos años con el crecimiento de la capacidad instalada y de sus volúmenes de producción, así como a la instalación de nuevas empresas.<sup>23</sup> En 1977 ambas ramas realizaron importantes ampliaciones de capacidad para poder atender la demanda existente en el mercado externo. Además, son las ramas que vienen sustentando el aumento de la producción industrial y de las exportaciones industriales. La rama de productos y sustancias químicas ocupa el segundo lugar en el valor de la producción industrial (la rama de alimentos ocupa el primero), y participa junto con la metal metálica y textil de integración con el 52% de las exportaciones industriales totales.<sup>24</sup>

La penetración no se limita a esas dos áreas industriales, sino que adquiere importancia sorprendente en la rama de alimentos, calzado y textiles.<sup>25</sup> No es el volumen de la inversión directa ni la proliferación de empresas extranjeras lo que en exclusiva mide la transnacionalización de la economía nicaragüense, es la calidad de la inversión (sectores en la que se aplica) y el mecanismo financiero de penetración y más importante aún el impacto que produce en el conjunto de la sociedad.

La dependencia que se establece entre el productor industrial y el productor agropecuario para exportación, al montarse la primera fase de industrialización en Nicaragua durante los años cincuenta, es menos sofisticada que la que se da en países más grandes. Los industriales vinieron directamente de la economía agroexportadora tanto a nivel de empresarios, como de capitales. La constitución formal de los grupos económicos monopolistas en 1953 vino a fundir aún más la relación entre ambas actividades. La actividad industrial tuvo su origen en los ahorros rurales que vendrían luego a capitalizar la estructura bancaria recién creada. Es por ello que los pocos industriales del país en los años cincuenta no se constituyeron como un grupo social definido. La mayoría de ellos eran algodóneros o cafetaleros a la vez. Esto significó, por un lado que su inserción en el aparato financiero que se crea en los años cincuenta sirviera para financiar negocios en distintas actividades y en segundo lugar que la actividad industrial que desarrollan no atentara contra el resto de las actividades económicas en las cuales siguió privando la agrario-exportadora. A nivel de la sociedad significó que el industrial no constituyera una capa social independiente,

<sup>23</sup> BC, p. 37, 1977.

<sup>24</sup> BC, pp. 33 y 157, 1977.

<sup>25</sup> Donald Castillo en un trabajo próximo a publicarse hace una relación actualizada de las empresas transnacionales en las distintas áreas industriales, donde se aprecia esta importancia. En el trabajo citado de Jaime Wheelock hay también referencias a la penetración de capital extranjero en esas áreas.

ni que la defensa de sus intereses constituyera una fuente de enfrentamiento de clases.

Cuando se presenta la oportunidad de la industrialización en una escala mayor, durante la integración subregional, la economía nacional no cuenta con una estructura disponible para tal fin. Inclusive a nivel institucional no existen los mecanismos para soportar un repentino desarrollo en tal sentido.

El recambio político a comienzo de los sesentas va a significar la modernización del aparato institucional: creación del Banco Central (1961) emisión de leyes bancarias (la Ley General de Bancos y Otras Instituciones de 1963 es el aspecto clave en ese proceso) y la incentivación de relaciones económicas internacionales. La Alianza para el Progreso y sus recursos, así como la exigencia para la integración al desarrollo subregional, llegaron desde afuera más como una respuesta política externa que interna a la situación económica nacional.

Con la formación del mercado común y la implantación de políticas favorables a la industrialización se inicia la irrupción de cambios importantes. En primer lugar, un mercado ampliado exige una empresa industrial relativamente grande, no sólo en capital sino también en experiencia tecnológica, conocimiento de mercadeo y relaciones internacionales. Aún las empresas industriales más desarrolladas en los años anteriores carecían de tal capacidad y experiencia y fueron las primeras en ser absorbidas por las empresas extranjeras, como único medio de soportar las presiones del mercado expandido geográficamente y abierto institucionalmente. La desnacionalización de las industrias alimenticias más dinámicas del país fue el paso inicial de la internacionalización y, la ampliación de las industrias extranjeras existentes con capital local asociado reforzó la participación del capital extranjero comprometido en las mismas. A nivel de empresas nuevas, éstas llegaron prácticamente bajo dirección de los intereses transnacionales (industria química, metalmetálica, textiles y alimentos procesados).

Con el desarrollo de la gran empresa industrial se opera no sólo la transformación de la industria nacional existente, sino también el papel de los empresarios comprometidos en ella. Éstos no sólo no abandonan su acción en el sector agropecuario sino que no pierden la oportunidad de convertirse en los elementos locales integradores del gran capital. El carácter monopolista de la dominación interna abre al capital y a los intereses extranjeros la facilidad de contar con interlocutores de poder concentrado, dispuestos a asumir la internacionalización sin asistir a ella como verdadero grupo industrial. El prestar su nombre le permite sin embargo la adquisición de nuevas tareas: representar a nivel local los intereses de la gran

empresa industrial extranjera y por otro ser el elemento integrador de esos intereses en el conjunto de la clase dominante.

Este fenómeno de internacionalización, por un lado, y desnacionalización, por otro, provocó profundos cambios en el conjunto de las actividades económicas nacionales y en consecuencia en la composición y diferenciación de las estructuras de clases sociales. Alteraciones que transforman las bases sociales de la oligarquía prevaleciente en los años cincuenta. A nivel de clase dominante se produce una diferenciación de intereses, con todo y que las mismas familias que controlan el sector agroexportador controlan también las actividades modernas industriales. Sin embargo, el desarrollo industrial permite la cristalización de una facción burguesa que allegada al capital extranjero logra canalizar a su favor los cauces de la política económica y tiende a disgregarse de la mediana y pequeña industria, a la cual subordina mediante el monopolio del crédito y los vaivenes de las inversiones.

Por el lado de la clase obrera, también se producen modificaciones. A mediados de los años setentas el 60% de la mano de obra industrial estaba ubicado en actividades fabriles y el 40% en actividades artesanales. La primera estaba concentrada en 450 plantas industriales, la mitad de las cuales ocupaban más de 200 obreros cada una. Para 1978 había 80 mil obreros industriales en el país.<sup>26</sup> Durante el periodo de la integración centroamericana, más del 50% de los empleos industriales nuevos en Nicaragua se concentraron básicamente en tres ramas industriales, de intenso control de capital extranjero: textiles, productos y sustancias químicas y productos metálicos.<sup>27</sup> A estas empresas de integración, de alto contenido tecnológico, se les atribuye hasta 1972 la creación de un total de 12 300 empleos urbanos, lo que representa el 23.5% de la fuerza de trabajo entrante a actividades urbanas entre 1958-68 y el 12.2% si se toma el periodo 1958-1972.<sup>28</sup> Aun cuando ello revela un débil impacto sobre el volumen de empleo urbano para un país con abundante mano de obra, significa cambios fuertes e importantes en cuanto a la remoción de formas artesanales de producción, con todas sus implicaciones en la composición y diferenciación de las estructuras de la clase obrera. La atomización de la clase obrera disminuye, dando paso a posibilidades de organización sindical con proyecciones políticas.

### EL PAPEL DEL ESTADO

Si bien el primer Somoza había actuado en la vida política y militar desde 1937, es sólo en 1950, con el pacto político libero-conservador, que podemos

<sup>26</sup> *Central America Report*. Vol. No. 35. Septiembre 3, 1979. Guatemala.

<sup>27</sup> *Cline*, p. 578-80 cuadros D-14 y D-15, Apéndice D.

<sup>28</sup> *Cline*, p. 161.

hablar de una institucionalización de la dictadura somocista como régimen clasista de dominación. Con ese pacto la dictadura asimila la pugna sangrienta que liberales y conservadores venían desarrollando desde el siglo pasado.

Esto le concede al Estado somocista una cierta autonomía relativa frente a la clase dominante. La formación de la Guardia Nacional, bajo control del Partido Liberal y directamente de Somoza,<sup>29</sup> dota de sustento a esa especial autonomía.

El Estado asume en 1950 la responsabilidad de ajustar el proceso político a las condiciones exigidas por el modelo de acumulación emprendido en esos años. También asume la responsabilidad de construir la infraestructura básica para el desarrollo capitalista, contando para ello con el respaldo financiero y técnico del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento.<sup>30</sup>

En los años cincuenta, estas obras implicaron la contratación de numerosos obreros y empleados. El Estado amplió su base administrativa, facilitando el ingreso de numerosos grupos medios: de 9 mil empleados públicos que había en 1950 se pasa a 20 mil en 1960.<sup>31</sup> Durante los años sesentas y especialmente a partir de 1963, bajo la presidencia de René Schick, ese personal se duplica impulsado por los programas de fomento a la industria, la agroindustria y el comercio derivados de la integración regional. Luego, a raíz de los programas de reconstrucción de la capital del país en 1973 y 1974, nuevos contingentes de técnicos y empleados son asimilados por el Estado. En 1977 el Gobierno cambia la política de ejecución de obras públicas disponiendo que éstas se ejecutaran por administración directa, en el marco de la pugna política con el sector privado.<sup>32</sup> Si bien con la crisis económica de 1975 el grado de desocupación llega hasta el Estado, puede decirse que una buena parte de los técnicos nacionales laboraban para 1978 en actividades estatales y paraestatales.

Aun cuando el Estado descansa en el consenso de la clase dominante (los pactos políticos), quedan sujetos a la hegemonía del Partido Liberal, y dentro de éste a la fracción del grupo directamente allegado a los Somoza. Esto, junto con el respaldo de la Guardia Nacional, permite al Estado somocista y particularmente al grupo dirigente asimilar recursos estatales para sus propias empresas privadas y contactos institucionales para afianzar

<sup>29</sup> Véase Richard Leroy Millett. *The history of the Guardia Nacional de Nicaragua, 1925-1965*. Albuquerque, N. M., 1966.

<sup>30</sup> International Bank for Reconstruction and Development. *The Economic Development of Nicaragua*. Washington, 1953. Es el programa de inversiones sobre el cual descansa el Estado a partir de los créditos que esa institución diera a Nicaragua en los años cincuentas.

<sup>31</sup> CNE, p. 105.

<sup>32</sup> BID, p. 339.

un régimen de alianzas con el capital privado local y extranjero. En esta forma, los Somoza configuran su propio grupo económico privado, ligando las organizaciones burocráticas y militares a esos intereses. Esta especial combinación del Estado como gestor de los proyectos de la burguesía, en cuanto atiende las necesidades globales de la expansión capitalista y como gestor de los proyectos privados del grupo Somoza, fue generando en su dinámica una intensa gama de contradicciones económicas y sociales. Su relación con el gran capital extranjero y nacional, por un lado y la creación o asimilación de grupos empresariales medianos y pequeños, por otro, desfiguró la composición tradicional de la clase dominante y creó nuevos intereses económicos en grupos tradicionalmente no empresariales militares y civiles no burgueses allegados al Estado. Esta conversión de dictadura militar en económica hace la diferencia entre la dictadura somocista y la de otros países centramericanos, en las que el Ejército y el Estado responden directamente, exclusivamente, a los intereses de la burguesía que les encomienda el poder. Y explica la estabilidad del ejército y la dictadura nicaragüense, contraria a la propensión de los militares al golpe y el recambio de acuerdo con las pugnas de las distintas facciones de la clase dominante. La relación entre los intereses del Estado y los intereses de los Somoza es evidente a finales de los años sesentas. La magnitud de ambos —Estados y grupo Somoza— representa una fuente de empleo y captación que limitó el papel político de una buena parte de los grupos medios profesionales, pues de hecho se ligaron a un sistema basado en la sobreexplotación de obreros y campesinos.

A su vez, esta situación impulsó la radicalización de los grupos no copados y la participación importante de sectores populares independientes (trabajadores por cuenta propia). Si a esto agregamos el hecho de que una buena parte de los oficiales del ejército (la oficialidad joven) era responsable de la gerencia y cargos técnicos de las empresas privadas del grupo Somoza y de algunas agencias estatales, podrá comprenderse el grado de cohesión interna que adquirió el Estado. Esa coherencia se mostró clara durante la crisis, en la cual hubo escasas deserciones tanto dentro del Estado como del Ejército, lo que impidió una ruptura en el seno de ambas instituciones y fomentó en el lado de la oposición una política de alianzas muy peculiares.

### LOS GRUPOS ECONÓMICOS

Al institucionalizarse en 1950 el sistema de dominación clasista se crean las condiciones políticas para que pudiera operar la nueva forma de acumulación capitalista. Es entonces, en 1952-53, cuando la burguesía nicaragüense se integra en dos grandes bloques económicos que convergen en

un intermediario financiero propio: Banco de América y Banco Nicaragüense. Separado y entonces en proceso de consolidación, el grupo Somoza, aunque carece de un intermediario financiero propio, cuenta con las entidades públicas de financiamiento (Banco Nacional y el Instituto de Fomento Nacional [INFONAC]).

Estos grupos son manifestaciones familiares en la esfera de la economía<sup>33</sup> y su integración responde a la necesidad de confirmar el control de las actividades económicas más relevantes y monopolizar las nuevas actividades productivas en la nueva fase de acumulación.

Ambos grupos, BANAMERICA y BANIC, representan los intereses de no más de una veintena de familias y sus respectivos entrecruzamientos. El estudio más completo sobre los miembros y giros empresariales de cada grupo es el de Jaime Wheelock Román<sup>34</sup> y el que revela las perspectivas de los grupos de sus mismos miembros es el de Harry Wallace Stranchan.<sup>35</sup> Aquí sólo nos interesa señalar cómo la conformación de los grupos coincide con el inicio de una nueva fase de acumulación, coincidencia que traerá consigo la creciente monopolización del desarrollo capitalista nicaragüense por parte de esos grupos. Para fines de una rápida acumulación estos grupos recurren, al amparo del régimen de dominación somocista, a una intensa explotación de los trabajadores y ponen en obra una política de aniquilamiento de los capitalistas no afiliados a ellos, por la vía del crédito y la prestación de servicios.<sup>36</sup> A mediados de los años sesentas estos grupos adquieren, mediante una mayor dependencia con grupos financieros norteamericanos, una notable capacidad de financiamiento (véase en el cuadro 2 cómo salta el crédito bancario a partir de 1965), que les permite acaparar las nuevas actividades comerciales e industriales del proceso integracionista. Esta dependencia significó, para el grupo del Banco de América, el dominio del Wells Fargo Bank y el First National Bank of Boston, y para el grupo del Banco Nicaragüense, el dominio del Chase Manhattan y el Morgan Guaranty Trust.<sup>37</sup>

Pero fue el juego de alianzas que los grupos económicos realizaron al amparo de la competencia monopolista, el que vino a provocar modificaciones en la composición y el poder de negociación de cada uno de ellos, y a revelar sus propias contradicciones internas. En tales condiciones el man-

<sup>33</sup> Harry Wallace Stranchan, *The role of business group in economic development: the Nicaragua case*. Harvard University, 1973, p. 6.

<sup>34</sup> Jaime Wheelock Román, *Imperialismo y dictadura*. Siglo XXI, México, 1978.

<sup>35</sup> Stranchan, *op. cit.*

<sup>36</sup> Ambos grupos manejaban a finales del decenio de los sesentas entre el 80 y el 95% del crédito financiero privado. Stranchan, *op. cit.*, p. 79.

<sup>37</sup> Wheelock, *op. cit.*, hace una clara descripción de estas relaciones.

tenimiento de tasas de crecimiento constante en las ganancias se volvió difícil a comienzos de los años setentas. Se adoptó entonces la política de concentrar el poder en el interior del grupo y reforzar la explotación del factor trabajo. Lo importante no era tener habilidad para producir, sino para vender.<sup>38</sup> Esto incrementó el sector de servicios en la economía de ambos grupos y descargó sobre el consumidor el peso de los costos. El monopolio del financiamiento se ejerció en todas las ramas de la producción, manteniendo así el control en la fijación de precios y las elevadas tasas de ganancias, las más altas de Centroamérica, como puede verse en el cuadro 5.

Cuadro 5

## GANANCIAS BRUTAS COMO PORCENTAJES

<i>País</i>	<i>Ventas brutas</i>	<i>Activos fijos</i>	<i>Activos totales</i>
Costa Rica	13.1	37.1	24.7
Guatemala	17.3	43.2	26.4
Honduras	25.5	38.7	29.7
Nicaragua	32.0	60.1	45.6

FUENTE: Vincent Cable. *Foreign investment, economic integration and industrial structure in Central América*. University of Glasgow, 1976, p. 35.

## EL GRUPO SOMOZA

El ingreso del grupo Somoza al mercado de las empresas de esos dos grupos vino a complicar el reparto de la ganancia. Somoza se había interesado primero en empresas mineras, agropecuarias e industriales, muchas de ellas asociadas con miembros de los dos grupos mencionados. En los años sesentas el grupo Somoza había logrado expandir sus propias líneas de producción, remozar los negocios tradicionales y racionalizar las empresas agropecuarias para ligarlas a la exportación. Reforzó esto con la construcción de una infraestructura privada: un puerto, una marina mercante, una línea aérea, un aeropuerto, un ferry (cuando la crisis entre Honduras y El Salvador) y una serie de instalaciones para la explotación y procesamiento de productos marinos. Al amparo de la Alianza para el Progreso y el Mercado Común Centroamericano, se dictaron leyes que favorecían la instalación de nuevas empresas industriales bajo la más completa protección. Como el Estado canalizó gran parte del crédito externo y se encargó

<sup>38</sup> Vicent Cable, *Foreign investment, economic integration and industrial structure in Central America*. Occasional Papers No. 21, University of Glasgow, 1976, p. 29.

de distribuirlo hacia el interior de la economía, a través del INFONAC, Somoza pudo establecer así las mejores alianzas con las empresas transnacionales. Más importante aún, pudo seleccionar las áreas más rentables de inversión.

A finales de los años sesentas sus nuevas empresas industriales, agroindustriales y de servicios, ya afectaban seriamente las posibilidades de expansión de la burguesía industrial y comercial. En otros casos afectaba también a empresas de los grupos locales aliados con grupos privados norteamericanos, lo cual internacionalizó la pugna y obligó al diseño de políticas de convergencia. Esta convergencia se expresó inicialmente con la constitución de un grupo de inversiones bajo conducción de capital norteamericano y la tutela política de la Agencia Internacional de Desarrollo. Ese grupo es conocido como Corporación Nicaragüense de Inversiones (Grupos BANIC, BANAMERICA y SOMOZA, juntos).<sup>39</sup> Esto alivia las presiones, pero no las disminuye, ya que en su misma dinámica el gran capital va diferenciándose del mediano y pequeño capital, pese a que éste forma parte de los mismos grupos originales. La situación se agrava para ese mismo tipo de grupos, pero cuyo origen es más reciente, puesto que se ven forzados a optar por una alianza sostenida con los socios tradicionales, que ya guardan dificultades en sus propios grupos originales y una alianza con los nuevos mecanismos del grupo Somoza. Situación visible en Nicaragua durante los últimos años, a partir de 1967 con las presiones por un nuevo pacto político que renovase el de 1950.

Debe aclararse que la fortaleza económica del grupo Somoza estaba determinada no sólo por los negocios e inversiones directamente bajo su control, sino en buena medida por los negocios e inversiones que conjuntamente desarrollaba el grupo en asociación con miembros o bien empresas de los otros dos grupos económicos. Desglosados esos intereses, sería visible que la fortaleza del grupo estrictamente somocista es significativamente menor que la de cualquiera de los otros dos grupos individualmente considerados. Estos intereses asociados fueron determinantes para descomponer el poderío político de la dictadura durante la crisis posterior y vendrían también a jugar un papel crítico en la política de nacionalizaciones emprendida a la caída de Somoza. Son los intentos por forzar a su favor las reglas del juego de la dominación, a nivel político, los que ponen a Somoza y su grupo en evidencia frente al resto de la clase dominante.

#### LA PUGNA INTERBURGUESA

Sin embargo, la pugna se incrementó por el creciente control del finan-

<sup>39</sup> Véase, Wheelock, *op. cit.*

ciamiento y la absorción de los inversionistas independientes, afectados por el monopolio. El primer paso para romperlo fue la creación, en 1967, del grupo CAPSA (Corporación de Ahorro y Préstamo, S. A.), con capital dominante de la familia Somoza y otros capitalistas allegados al Estado y básicamente dedicados a la construcción de viviendas, centros comerciales y préstamos comerciales e industriales.<sup>40</sup> En 1967 la pugna se expresó políticamente con rasgos de violencia armada. Pedro Joaquín Chamorro y Fernando Agüero lanzaron, el 22 de enero de 1967, una ofensiva armada en el centro de la ciudad usando grupos campesinos, pero fueron dominados. Obtuvieron la oferta de un nuevo pacto político que renovara las bases del acuerdo de 1950. En respuesta a ellos surgen las guerrillas sandinistas de Pancasan y Pilas Grandes en 1967, mismas que ponen en evidencia a la burguesía y la obligan al repliegue.

En 1971 se firma el nuevo pacto entre Fernando Agüero por los conservadores y Anastasio Somoza Debayle, por los liberales. Se redacta una nueva constitución y se deja el Gobierno a una Junta o Triunvirato compuesto por un miembro de la oposición conservadora (el mismo Agüero), un miembro de la burguesía liberal (Alfonso Lobo Cordero) y un militar (el general Martínez), reservándose Somoza la Jefatura de la Guardia Nacional. La Junta se instala en 1972. El terremoto de ese año creó una pausa en el conflicto interburgués y todos entran al reparto. Sin embargo, en esas fechas Somoza pone a prueba toda la capacidad de su sector privado, aprovechando en su favor el ciclo de reconstrucción en un reparto con la gran burguesía que le permite conseguir la aprobación de ésta para su elección en 1974. Pero también obtiene que la nueva constitución siga manteniendo el monopolio de los partidos tradicionales. Con ello logra eliminar a los disidentes de la burguesía, que pensaban obtener permiso electoral bajo el liderazgo de Pedro Joaquín Chamorro, el que con su agrupación escindida del Partido Conservador se ve obligado a buscar alianzas fuera de los cauces tradicionales. La caída de las inversiones, la paralización de las actividades de reconstrucción y en general el decaimiento de las actividades de la economía provocado por el impacto de la crisis capitalista mundial de 1975, dejan fuera la posibilidad de un arreglo por la vía tradicional del reparto. (Véase el cuadro 1, en donde se advierte que de una tasa de crecimiento del PIB del 12.9 en 1974, se cae bruscamente a una de 1.8 en 1975.)

Si bien el nuevo pacto político de 1971 pretendía atraer a los capitalistas medianos y pequeños a la alianza de la clase dominante, el terremoto primero y luego en 1975 la crisis mundial del sistema capitalista, termi-

<sup>40</sup> *Ibid.*

naron por favorecer una política económica favorable al gran capital. El terremoto abre una pausa al conflicto ya que todos los grupos participan en atender la demanda de bienes y servicios requeridos por la reconstrucción. Sin embargo, pasado el primer año de reconstrucción se hizo evidente que los grandes empresarios estaban utilizando el mecanismo de la reconstrucción para satelizar a la mediana y pequeña empresa, haciendo uso del diseño de las obras conforme especificaciones técnicas y financieras que sólo las grandes empresas asociadas al capital extranjero podían cubrir. Esto llevó a que las empresas medianas y pequeñas se viesen obligadas a la subcontratación como manera de sobrevivir y por otra parte a la afiliación a grupos o firmas allegadas al Estado para la búsqueda de trabajos independientemente de los grandes consorcios de obras y servicios. Al mismo tiempo, las agrupaciones obreras iniciaron una fuerte presión por el alza de salarios. Para el gran capital ello se volvió un buen pretexto para el alza inmoderada de los precios, y su control monopólico sobre el mercado un mecanismo que les permitía asimilar con menores riesgos tales presiones.

Con la supuesta necesidad de garantizar el buen cumplimiento de las obras, las agencias internacionales de crédito exigieron especificaciones técnicas y financieras que respaldaban solamente a aquellas empresas con gran respaldo crediticio: el monopolio sobre el crédito incidió nuevamente sobre el acaparamiento de obras en manos del gran capital. Si se hubiese mantenido la tasa de inversiones de 1974, en 1975 no se hubiesen dado las pugnas entre medianos y grandes empresarios, por un lado y entre medianos y pequeños contra el Estado, por otro. En la medida en que las inversiones existían, los empresarios medianos y pequeños tenían acceso a ellas mediante la subcontratación de obras. Sin embargo, la suspensión de créditos en 1975, la caída de los precios de las exportaciones de los productos tradicionales nicaragüenses, la baja de ingresos del Estado y la necesaria dilación en el inicio de obras, puso al descubierto la desigualdad del proceso de asignación de recursos para la reconstrucción. Confiado en el reparto económico el gran capital cerró las puertas políticas al mediano y pequeño capital en la Constitución de 1974. De nada había servido el pacto. Ello dividió a los conservadores y surgió una facción que rechazó abiertamente la política del Estado. Éste, agobiado por la carencia de recursos e impelido por nuevas presiones obreras más organizadas, se lanzó a la imposición de mayores cargas tributarias, que le permitieran ingresos para mantener la tasa de inversiones públicas. La reforma fiscal de 1975, preparada en los últimos meses de 1974, vino a agudizar la pugna interburguesa. El efecto impositivo sobre los ingresos de la clase media fortalecida a la luz de su participación en las tareas de reconstrucción, favore-

ció que la burguesía no se encontrase sola en su enfrentamiento con el Estado. El desempleo provocado por la paralización de las obras, coincidente con el alza de los precios de los productos básicos permitía la intensificación de las luchas reivindicativas. La burguesía lanza entonces la campaña más fuerte que haya lanzado jamás antes volcada contra la dictadura. El punto central de la campaña era la corrupción estatal, el carácter empresarial de grupos allegados al Estado y el Ejército y la brutal represión en contra de los campesinos del norte del país.

La expansión económica en los veinte años anteriores había generado una clara diferenciación de clases que la crisis de 1975 puso en evidencia. La consistencia que adquieren las guerrillas sandinistas en la montaña y las ciudades del país, imposibilitan a la burguesía realizar la conducción del proceso contra la dictadura. Junto al ahondamiento de la crisis interburguesa se produce la contestación armada en contra del régimen de dominación clasista global. El sandinismo pudo todavía entonces (1975), destruir el intento de la burguesía por confundir su crisis con la crisis general del sistema de dominación.

#### NUEVAS FORMAS DE ORGANIZACIÓN Y LUCHA DE LOS TRABAJADORES

La coincidencia histórica de la lucha de clases y la crisis interburguesa, no es sino la condensación de contradicciones en ambos niveles que arrastran el proceso a una situación revolucionaria. La forma que había asumido la acumulación de capital hasta 1950 había limitado el desarrollo del movimiento obrero y campesino del país. El crecimiento expansivo de la economía agrícola, que proletariza a fuertes contingentes del campesinado nacional, y el desarrollo de un proceso de industrialización que remueve las bases de la economía artesanal, traen consigo nuevas posibilidades de organización sindical. El severo control represivo, la cooptación y la división en el seno de los grupos obreros impidieron, sin embargo, que el crecimiento del proletariado se expresara en formas de organización política, como puede verse en el cuadro 6.

Los esfuerzos de organización obrera adquieren importancia a partir de 1938, bajo el liderazgo de los mineros. En 1943, el intento de organizar la Intergremial y la Confederación de Trabajadores, fue ahogado por la represión.<sup>41</sup> Más tarde los grupos obreros serían controlados por Somoza: en 1949 logra formar la Confederación General de Trabajadores (CGT), cuya dirección habría de controlar plenamente en 1951, ajustando sus deman-

<sup>41</sup> CIDAMO, p. 5.

Cuadro 6

## NÚMERO DE TRABAJADORES SINDICALIZADOS EN CENTROAMÉRICA, 1973

<i>País</i>	<i>Total</i>	<i>Agrícolas</i>	<i>Indus- triales</i>	<i>Servicios y cons- trucción</i>	<i>% de la población activa</i>
Guatemala	29 186	15 283	4 220	9 683	n.d.
El Salvador	54 387	1 432	24 464	28 491	5.0
Honduras	67 958	39 251	7 573	21 132	8.7
Nicaragua	10 419	602	1 796	8 021	2.0
Costa Rica	58 263	11 353	3 976	42 934	10.7

FUENTE: Cit. por Cline, *op. cit.*, p. 188. Entre 1974 y 1976 el número de sindicalizados se triplica en Nicaragua representando un 5.6% de la población activa. Para 1978 algunos autores señalan que ese porcentaje era mayor (9%).

das al régimen de dominación burguesa y expansión capitalista.<sup>42</sup> Ese período de dominio llegó hasta comienzos de los años sesentas, cuando los obreros de la construcción rompen el cerco del somocismo y montan una huelga que impacta a la nación. Entonces los obreros encuentran a su lado a numerosos grupos medios enclavados en la educación media, trabajadores por cuenta propia y sectores políticos independientes. Juntos formaron los primeros grupos de oposición organizada contra el sistema de explotación. Se crea la Juventud Patriótica, como aliento político de las guerrillas sandinistas que operaban en la montaña. En estas condiciones se organiza en 1961 el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), como alternativa de aglutinamiento de las fuerzas populares y campesinas, que encuentran en la vía armada una salida a sus aspiraciones de cambio revolucionario. El triunfo de la Revolución Cubana alentó la organización de la lucha armada. Como contraparte, con una clara estrategia contrarrevolucionaria, la dictadura somocista juega a las presiones de la burguesía y da paso a un gobierno encabezado por el miembro del Partido Liberal, René Schick. Este cambio, la intensa represión en contra de los grupos de izquierda y la reactivación de la economía con el proceso integracionista, hacen disminuir el empuje de la lucha armada y facilitan la más amplia coptación de los grupos medios hasta entonces ajenos al Estado y las nuevas actividades. A finales de los años sesentas, con la elección de Somoza Debayle en 1967 y el ahondamiento de la crisis en el seno de la clase dominante, coincidente con la crisis del mercado común centroamericano, la lucha armada se reactiva en todo el país. Estas operaciones guerrilleras de 1967 son el antecedente más claro de la lucha de los años setentas, por

<sup>42</sup> CIDAMO, p. 6.

haber traído consigo nuevas formas de acción revolucionaria con la participación activa de importantes grupos campesinos. La intensa represión rural y urbana dificulta la organización, bajo conducción de cuadros de izquierda, de los obreros industriales. Esto permitió que la burguesía penetrara esos sectores bajo la bandera del pensamiento social cristiano, provocando así una división que habría de expresarse en la creación de núcleos sindicales, que aunque minoritarios, disponían de mayores facilidades de organización y financiamiento.<sup>43</sup>

En 1974 y 1975 las organizaciones obreras adquieren fuerza y beligerancia política. El sandinismo ha logrado imprimir un acento revolucionario a la actuación de varios grupos, básicamente allegados a la industria de la construcción, logrando disminuir la influencia burguesa en la lucha sindical. El desempleo ocasionado por la crisis de 1975, acompañado de constantes alzas de precios de los productos básicos, favorecen un incremento de la lucha popular. Es el año en que ocurre el desgaste más claro de la dictadura. La reactivación de la economía en 1976 y 1977 no disminuye el empeoramiento del nivel de vida de los trabajadores. La decisión de Somoza de recurrir a las compras masivas de equipo para obras públicas sin licitación y en abierta provocación de las empresas importadoras y constructoras privadas, incrementa en 1977 la pugna interburguesa. Las ofensivas sandinistas de 1977 obligan a la burguesía a la búsqueda de un diálogo con Somoza. En 1978 este comportamiento de la burguesía es más claro aún. A mediados de febrero de ese año y en plena huelga general convocada por grupos burgueses como repudio al asesinato de Pedro Joaquín Chamorro, los obreros tomaron el control de la huelga y la burguesía se vio obligada a replegarse y emitir un comunicado en el que hacía implícito su apoyo a Somoza, bajo condiciones tales como amnistía, disminución de la competencia desleal de Somoza y algunas medidas de democratización. Pese a que la economía en general estaba en proceso de reactivación, la crisis política se incrementó generando a su vez una crisis económica coyuntural (fuga de capitales, falta de divisas, huelgas y abandono de tareas de producción en el campo).<sup>44</sup>

El intento de conducir el proceso es realizado nuevamente por la burguesía en 1978, durante el mes de agosto. Pero la insurrección de septiembre y la toma del Palacio Nacional por el Frente Sandinista, trasladan de nuevo a las organizaciones revolucionarias la iniciativa. La derrota de la insurrección y la imposibilidad de obtener una ruptura en el seno del

<sup>43</sup> CIDAMO, p. 6.

<sup>44</sup> *Coyuntura Internacional*, núm. 10, año III, octubre-diciembre, México, 1978, pp. 42-46. Trae un análisis sobre Nicaragua, bajo el título "Hacia el deslinde con la burguesía".

régimen de dominación, permite el paso a la mediación internacional, por la cual la burguesía busca la protección del imperialismo y éste a su vez trata de imponer una salida constitucional a la crisis. La reunificación operativa de las tendencias que en el desarrollo de la lucha se habían formado en el interior del Frente Sandinista, favorece una ofensiva final contra la dictadura, descartando los esfuerzos del imperialismo y los sectores disidentes de la burguesía por instalar un gobierno burgués sin Somoza, lo que configura un auténtico somocismo sin Somoza. Al mismo tiempo las acciones genocidas de la Guardia Nacional convocan amplias campañas de apoyo internacional a la lucha sandinista. La burguesía no tiene entonces otro camino que jugar el riesgo de la victoria revolucionaria y edificar una nueva estrategia que le permitiera influir en el nuevo gobierno. Con la agudización de la crisis interburguesa, los sectores más afectados por la misma propugnaron una fórmula de compromiso con la izquierda, expresada en los acuerdos de San José. La presión de las armas revolucionarias, por un lado y la presión internacional avalada por los Estados Unidos, dieron pie a la aplicación de tales acuerdos que se concretaron en la salida de Somoza.

## II

### EL FIN DE LA DICTADURA Y LAS PERSPECTIVAS INMEDIATAS

En julio de 1979, mientras se amplía el forcejeo en el frente sur y ocurre la retirada estratégica del frente de la ciudad de Managua, las negociaciones con Estados Unidos adquieren fuerza. Si bien la burguesía no conduce tales negociaciones, tiene beligerancia y ésta incidirá en el acuerdo obtenido para la salida de Somoza.

La situación particular por la que atraviesa el actual periodo de transición, en el cual es apreciable el grado de participación de la burguesía en los cuadros formales de Gobierno, ha generado alguna confusión en cuanto al carácter revolucionario del nuevo Estado. Tal confusión ignora que el poder político de una clase no se expresa en la acción que lleva a cabo en su nombre un grupo de funcionarios, sino en la capacidad de coerción material que ella pueda ejercer en el plano de la lucha final por el poder. Lucha que aún no ha terminado. Por otra parte el carácter de las instituciones vigentes en el país y los cuadros que las dirigen, pese a su reconocida filiación burguesa en una buena parte de ellas, cambia necesariamente ya que han dejado de expresar la voluntad de una minoría y han pasado a expresar la voluntad de una alianza de clases. Voluntad que tendrá una expresión política más definida en la medida que las fuerzas

revolucionarias logren organizar las bases de un poder alternativo. El desarrollo de estas bases: el nuevo ejército sandinista y el partido revolucionario, dependerá a su vez de la remoción de los obstáculos establecidos para su realización por la correlación de fuerzas a nivel de la sociedad, así como por el peso específico de la burguesía y la pequeña burguesía en el seno de la coalición gobernante. En este sentido es importante advertir la intensa campaña internacional que promueve una política encaminada a reforzar la capacidad orgánica de la burguesía, proponiéndola como capaz de constituirse en un elemento indispensable en la conformación de una alianza social revolucionaria. Campaña que favorece el otorgamiento de ayuda condicionada, el fortalecimiento de los grupos políticos burgueses y el empecinamiento en considerar como versión principal de somocismo la que define a éste como la suma de funcionarios y militares y no como régimen de dominación clasista. Esto es importante señalarlo por su incidencia en la formulación de la nueva política económica y la asignación de cuadros que la implementen.

La caída de Somoza no significa el fin de la crisis del sistema de dominación burguesa en Nicaragua, sino el replanteamiento de la misma bajo nuevas condiciones entre las cuales la exacerbación de la lucha de clases y las contradicciones que ésta conlleva, constituyen el nuevo eje de referencia que habrá de definir a quién corresponde en definitiva el poder político.

Si bien el acceso importante del sandinismo al poder estatal no ha llevado a la expropiación y represión de la burguesía, sí ha permitido cubrir la organización de nuevas formas de poder popular, como medio de preparar sólidamente el paso a nuevos estadios en la lucha por el poder político. De la legitimidad adquirida por las armas, el sandinismo procura basar ahora su legitimidad en la organización masiva de los trabajadores y la configuración de un proyecto aglutinante de las clases populares.

Es frente a esos esfuerzos de organización para la conquista del poder político que debe ser evaluado el avance revolucionario en el periodo posterior a la caída de Somoza. Esos esfuerzos representan la concreción de una posibilidad que no se logró en el periodo de la insurrección, tal es la de forjar un poder popular alternativo al Estado burgués, elemento fundamental para forzar un deslinde en el interior de la alianza actual con la burguesía.

Los términos en que se plantea en Nicaragua la cuestión del poder, están definidos a partir del conjunto de la correlación de fuerzas a nivel de la sociedad y la forma en que esas fuerzas desplazan su poder y su capacidad de coerción tanto hacia el interior de la alianza interclasista como hacia el exterior de la misma (las relaciones internacionales). De tal ma-

nera que el avance en la organización de un poder popular alternativo está condicionado no sólo por el mismo movimiento de los trabajadores y sus contradicciones internas, sino también por la situación en que se encuentra actualmente la dominación económica, política e ideológica de la burguesía en el plano de las relaciones de producción.

Hemos visto en las páginas anteriores que la caída de Somoza no es sólo el resultado de un agravamiento de las contradicciones y luchas entre la burguesía y el proletariado, sino también el resultado de las contradicciones generales en el seno de la clase dominante en combinación con las pugnas entre facciones de la misma y las demás clases sociales.

Es preciso comprender esto para captar mejor el carácter del gobierno que se instala a la caída de Somoza, como punto de referencia de un abanico de fuerzas políticas heterogéneas y virtualmente antagónicas.

La alianza de clases enderezada contra Somoza incluye progresivamente a la burguesía agropecuaria, comercial y financiera vinculada no sólo a la economía agroexportadora sino también al imperialismo por la vía de la industrialización. Aun cuando la alianza de clases originalmente propuesta —clases sociales en las que se destacaban la pequeña y mediana burguesía, el proletariado urbano y rural y sectores estudiantiles de origen medio— daba prioridad a los intereses generales de las clases populares, las condiciones en que se plantea la insurrección sandinista desde 1975 y la participación de los Estados Unidos y los países de su esfera política en las negociaciones para la salida de Somoza, favorecen que algunos sectores burgueses del gran capital reformulen su relación con el somocismo, dando paso a ciertos vínculos que amplían la alianza con el sandinismo, que si bien posibilitan el desalojo de Somoza, complican la definición del proceso posterior al mismo.

Es ese peso específico que la burguesía ejerce para la modificación en la correlación de fuerzas previas en el seno de la clase dominante y el peso específico que adquiere la pequeña burguesía en el seno de la organización sandinista lo que vendrá luego a determinar que una buena parte de las políticas diseñadas a la caída de Somoza sean convenientes a sus respectivos intereses de clase. Pero no sólo esto, sino que la presencia de los intereses de clase en el nivel del Estado se derivan del hecho fundamental que significa la conservación de su poder material. El peso de una clase no se deriva de la voluntad de sus dirigentes sino del poder real que posee la clase que éstos representan.

La burguesía agropecuaria conserva el control del 80% de ese sector y la burguesía industrial el 75% de su propio sector, en el cual tiene relevancia fundamental el capital y los intereses externos. Esto implica la con-

tinuidad de las relaciones capitalistas de producción, con su efecto sobre las relaciones sociales en el campo y la ciudad.<sup>45</sup>

Es en torno a estos hechos reales que giran las condiciones en que se plantea la lucha por el poder político.

La destrucción de la guardia nacional, la desarticulación del Estado somocista y las medidas de nacionalización de la banca y las empresas de Somoza y los civiles y militares no burgueses allegados a él, así como la organización, el liderazgo y el carisma del sandinismo imponen, por su lado, un condicionamiento al poder que la burguesía logra conservar. Un condicionamiento contradictorio: mientras la instalación de un nuevo ejército y la remodelación que fortalece al Estado tienden hacia un mayor estatismo y hacia la formación de un área de producción social y la organización de formas de poder popular, que imponen márgenes de acción a la burguesía, el no afectamiento de su base material (tierras y fábricas) hace descansar las estructuras productivas en el marco tradicional de la economía de mercado.

Es a partir de este juego de contradicciones que la burguesía replantea su estratégica política. Es consciente de que "ha perdido el sombrero pero no la cabeza" y a partir de ahí ha sido capaz de mantener el ritmo de sus presiones sobre las pretensiones sandinistas de ubicarla bajo el control de las masas, ejercido tanto en el nivel de la producción como en el de la distribución. Si bien ha logrado que el discurso sandinista considere la consigna del control obrero como inoportuna y atentatoria de la unidad revolucionaria, no ha impedido que el sandinismo desarrolle la organización de cuadros que puedan llevar al control de las masas sobre la producción y la distribución en un momento dado.

Es en este aspecto que la burguesía desconfía de sus propios compromisos tácticos con el sandinismo y algunos otros sectores sociales allegados al mismo, en beneficio de las razones de su antisomocismo dado por el interés de preservar el orden capitalista. Es en reacción a esa amenaza latente que insiste en oponerse a la central única de trabajadores, a los comités de defensa de la revolución, a los comités políticos, a la movilización de masas sin control del Estado, etc.

En una aparente contradicción, la burguesía nicaragüense podría inclusive debilitar su posición importante en la conducción del Estado, a cambio de que las masas se mantengan en una situación política subalterna de manera que no atenten, en su dinámica, contra la propiedad de los me-

<sup>45</sup> Datos tomados de declaraciones de dirigentes sandinistas publicados en el *Unomásuno*, México, jueves 13 de diciembre de 1979; coincidentes con los manejados por Adolfo Gilly en su serie de artículos sobre Nicaragua, publicados en *Unomásuno* del 5 de diciembre al 16 de diciembre de 1979.

dios de producción. Nada nuevo, pues la propiedad burguesa de los medios de producción no implica necesariamente el ejercicio directo del poder político. Precisamente bajo el somocismo la burguesía delegó en la dictadura el papel dirigente en el aparato estatal en beneficio de su dominación. Es evidente que en la actualidad no puede decirse que el sandinismo estaría dispuesto a hacerle el juego a la burguesía al extremo de convertirse en su nuevo brazo armado, o en una dirección política que gestione sus intereses. Sin embargo, la burguesía puede lograr con apoyo internacional, una influencia importante en las decisiones nacionales y en la sobrevivencia de las estructuras de producción capitalistas, sin recurrir a una presencia masiva en los organismos de poder formal. Este papel puede ser jugado por la pequeña burguesía calificada y los cuadros medios modernizantes. En tal línea se ha venido desplazando la ayuda económica internacional mayoritariamente de origen capitalista.

La preservación de la fuerza económica de la burguesía reduce el poder de los sectores revolucionarios dentro de la conducción política, lo que termina por restringir el poder de decisión autónoma de las clases trabajadoras y sectores populares que se esfuerzan por representar el eje de la movilización hacia objetivos socialistas.

Esto tiene un doble significado en las luchas por el poder. En primer lugar la prudencia revolucionaria ha favorecido la organización de las masas sin recurrir a la movilización revolucionaria de las mismas. En tales circunstancias ha acercado las organizaciones populares al Estado no para enfrentarlo como alternativa sino para legitimarlo. Siendo el Estado actual una proyección de la alianza de clases en la cual la burguesía ocupa una fracción importante, las organizaciones populares sacrifican la oportunidad de autonomía y en consecuencia la de tomar conciencia de clase frente a sí misma y frente al exterior. En segundo lugar la falta de autonomía de la clase trabajadora le impide conformar una alianza revolucionaria con los sectores populares más afines a un proyecto nacional que llene sus aspiraciones de conducir la vida nacional en función de sus intereses. El resultado de esta situación es una conducción política pluralista, que no produce una reformulación de clases en el sistema de poder.

No es difícil percibir los conflictos que presenta esta evolución formulada por la presencia de la burguesía y el peligro que ello desemboque finalmente en una versión modificada de las experiencias del populismo latinoamericano.

El colapso del régimen de gobierno somocista toma a la sociedad en un momento de activas tensiones sociales cuya conversión en programa para la toma del poder sólo es organizada por el sector de la militancia popular armada (FSLN).

Es obvio que el acceso al poder por parte de la coalición liderada por el sandinismo se enfrenta en ese momento no sólo a la beligerancia de la burguesía, sino también a debilidades en la capacidad organizativa y definición ideológica de la clase obrera, urbana y rural.

Durante el periodo de la expansión capitalista, los centros urbanos nicaragüenses sufrieron cambios estructurales que incidieron en la constitución del proletariado asentado en ellos. Los grupos de campesinos que arriban a las principales ciudades del país en los años cincuenta encuentran ciudades con amplias posibilidades de absorción, si no en cuanto servicios en cuanto a disponibilidad de tierras en condiciones de fácil adquisición. La rápida pero ordenada formación de los barrios nuevos en el oriente de Managua durante esos años contrasta dramáticamente con la formación de los nuevos barrios en los extremos oriental y occidental en los años sesenta y setenta. Mientras los primeros dan paso a la formación de grupos obreros y artesanales integrados al proceso económico-social de los cuales habrán de surgir un buen número de miembros de la clase popular con acceso a la educación media e inclusive universitaria, los segundos pasan a depender, para su ubicación en las zonas urbanas, en algunos casos del paternalismo estatal (los trabajadores marginados ubicados en los barrios OPEN, repartos Schick, José Somoza, etc.) y, la mayoría, en asentamientos ilegales, sin perspectivas de ningún cambio más que la alternativa de una pasividad agresiva ante los grandes despojos e intensa explotación que sufren. Una gran mayoría de esos sectores trabajadores no estuvieron en condiciones de reconocer la importancia del sindicalismo frente la organización que le imponían en el ambiente político de la dictadura. A su vez, los sectores más favorecidos se afiliaron a un activismo político concentrado en formas de mutualismo y socorro, fraternidades obreras y organizaciones gremiales. La atomización de las formas de producción artesanal y fabril, impidió la constitución de centrales sindicales de importancia política. El intenso grado de represión y el estilo en que la burguesía presenta una alternativa política, a los trabajadores luego de la revolución cubana, viene a desquiciar aún más las posibilidades de organización que se le abren a la clase obrera cuando se produce la instalación de la gran empresa industrial.

En esas condiciones el proletariado aceptó los términos propuestos por los valores dominantes: nacionalismo (impregnado por las gestas heroicas de la lucha sandinista contra los yankis) el desarrollismo (entendido como más oportunidades de empleo, independientemente de las condiciones del mismo) y la reglamentación de las leyes que rigen el sistema de trabajo. En tal contexto el antagonismo de clase fue desplazado para su proyección política hacia los sectores radicalizados, invariablemente sujetos a represión y vida clandestina.

Aun en su momento de mayor dinamismo, a partir de la crisis de 1967, el sindicalismo no alcanza un alto grado de desarrollo en las relaciones entre el número de obreros urbanos, las organizaciones sindicales y la dirigencia política.

La concentración monopólica del poder permitió a la burguesía desarrollar un estilo de liderazgo sindical particularmente demagógico, similar al de la dictadura. El sindicalismo que se desarrolla en las grandes empresas industriales (ramas modernas de integración subregional) bajo conducción del capital extranjero tiende a desplazarse de los intereses de la mayoría de los obreros por la particular especificidad de sus relaciones contractuales, conforme las cuales los salarios tienden a ser mayores y las prestaciones más amplias que las del resto de la economía.

La clase obrera se desarrolló así segmentada, ideológicamente comprometida con la lucha puramente reivindicativa, y aislada de la radicalización preconizada por los sectores obreros clandestinos, y posteriormente por grupos de la clase media y la pequeña burguesía insertos en la lucha guerrillera. Así la demagogia sindical patrocinada por el Estado y los grupos de oposición burguesa fue más bien una técnica de reglamentación política que en mecanismo de politización.

El esfuerzo sandinista por romper tales estructuras sindicales pasivas encontraron desde 1967 una doble resistencia, la de los sindicatos manejados por la concepción de un proceso largo y necesariamente colaboracionista y la de los sindicatos penetrados audazmente por el cuestionamiento paraburgués del capitalismo degradante y el socialismo comunizante. En ambos casos la conciencia obrera estaba dominada por la conciencia de movilidad social implícita en la ideología burguesa, lo que las ubicaba en un plano constante de clase subalterna, en todo sentido.

Sin embargo es de este juego contradictorio impulsado durante los años de la crisis interburguesa (1975-1979) y coincidente con el agravamiento de las condiciones sociales, que surge una mayor concientización acerca del papel de la clase obrera dentro del proceso global de definiciones para la solución de la crisis nacional. Sin embargo, esa concientización y el incremento del número de huelgas en los años 75/79, no desprendió a los sindicatos de sus afiliaciones originales (sindicatos independientes de izquierda y sindicatos sociales cristianos y demócratacristianos de tendencias anticomunistas). La participación activa de la burguesía, la iglesia y sectores internacionales afines al capitalismo al lado de los planteamientos favorables a la democratización del poder favorecieron que la afiliación ideológica original de los trabajadores no se rompiera para dar paso a planteamientos claros respecto la lucha de clases y la búsqueda de un nuevo orden social bajo la tesis de la dictadura del proletariado.

Fue la insurrección la que enseñó a los obreros un conjunto visible de hechos y acontecimientos políticos concretos sobre los cuales poder apreciarse a sí mismos frente a las otras clases sociales. El punto de partida para proceder a una reelaboración de su conciencia de la situación nacional.

El sandinismo victorioso no es entonces consecuencia de una clara conversión de las masas en clases sociales, sino que es coincidente y alimentado por el inicio de esa conversión. De ahí que no cuente, por la simple toma del poder, con el sustento de una clase obrera organizada capaz de sugerir un proyecto nacional conforme a sus intereses, viéndose obligado a patrocinar desde arriba una organización de obreros que aún no terminan de entender su propia participación en el nuevo esquema de poder. Situación que se dificulta por la sobrevivencia activa y militante de la burguesía que en algún momento le dio impulso de organización.

Esto hace difícil pero no imposible el encuadramiento de los obreros en un esquema de poder, conforme el cual se le cierran, por un lado, las respuestas eficaces a las reivindicaciones salariales y por otro se deja fuera de posibilidad el control obrero de la producción. Y más claro aún que tal posibilidad se aleja hacia el futuro, ya que la reconstrucción, bajo el molde capitalista permitirá a la burguesía la recuperación de sus fuerzas y una mejor posición para ordenarlas a nivel interno y adecuarlas a las condiciones externas que le favorecen.

Son estas contradicciones en el movimiento obrero y además, el desplazamiento de una buena parte de los cuadros técnicos del Estado anterior de origen no burgués, las que vienen a complicar las tareas sandinistas para organizar un poder popular alternativo. Y en consecuencia abren una serie de interrogantes a las posibilidades de un deslinde ordenado y controlado en el seno de la alianza con la burguesía. Las últimas huelgas obreras hacen prever sin embargo un incremento de las presiones obreras por una nueva definición de los términos concertados originalmente para esa alianza.

Cabe señalar sin embargo que tales presiones, si bien no generalizadas aún, encontrarán una resistencia organizada por parte de la burguesía, sin que sea ésta directamente la que tenga que ejercerla abiertamente. Tendrá que ser el Estado y en ese sentido, será el crédito de los sandinistas el que aparecerá deteriorado. Por el contrario, si los sandinistas abrieran los cauces para una movilización revolucionaria de las masas enfrentarían una situación caracterizada por la internacionalización del poder que conserva la burguesía.

El proceso revolucionario nicaragüense se ve así afectado hondamente en sus bases de organización política. Mientras las organizaciones de masas encuentran salida a las contradicciones que las apremian, el ejército sandinista sigue siendo la expresión de poder material más clara del sandinismo.

mo, lo que lo lleva de hecho a asumir también un abierto carácter político.

Las relaciones internacionales juegan un papel que termina por imprimir mayores dificultades a un intento de radicalización.

#### LA REVOLUCIÓN SANDINISTA Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES

La revolución nace enclavada entre las viejas espaldas de la dominación imperial (el Canal de Panamá) y las nuevas espaldas del esquema de seguridad norteamericana (la línea petrolera del sureste mexicano). Surge en un momento en el que los dos últimos intentos de revolución socialista (aun cuando por vías distintas) han sido discontinuados sin la intervención directa de las fuerzas armadas norteamericanas (Portugal y Chile). Al mismo tiempo, surge en momentos en los cuales, también sin una intervención armada directa, los Estados Unidos trabajan con empeño en la desestabilización de la revolución iraní y de los esfuerzos reformistas jamaiquinos, por citar dos cosas.

Una hábil campaña de aprovechamiento de la intervención soviética en Afganistan, está dándole a los Estados Unidos oportunidad no sólo de encontrar salida a su proceso electoral interno, sino también de reactivar a las fuerzas políticas y militares de las naciones aliadas.

Urgida de recursos para la reconstrucción y ahogada por una pesada deuda exterior, la revolución nicaragüense nace atada a los factores de peso internacional.

Si bien la victoria sandinista significa un duro golpe a la estrategia norteamericana diseñada para lograr en la zona una transición gradual de los regímenes políticos autoritarios a democracias resguardadas o viables, representa también una forzada prueba de la capacidad norteamericana para revertir el proceso a su favor. En este sentido los Estados Unidos han dado la respuesta apropiada a la crisis nicaragüense, fortaleciendo el juego interno de la oposición al sandinismo revolucionario y fomentando la participación de las potencias de segundo orden como garantía del curso democrático del proceso.<sup>46</sup>

<sup>46</sup> Para una relación detallada de la política hacia Centroamérica, así como de la forma en que Estados Unidos afrontó la crisis nicaragüense, pueden verse los trabajos que aparecen en el núm. 5 de *Cuadernos Semestrales*, Estados Unidos: perspectiva latinoamericana. Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), México, 1979 y en el núm. 6 de la misma publicación. En el primer número mencionado, aparecen artículos sobre el papel de las potencias emergentes en el área y en el segundo, aparecen artículos sobre la relación con Centroamérica, en los que destacan el de Sally Shelton, "Estados Unidos y América Central"; el de Donald Castillo, "El marco sociopolítico de la crisis de Nicaragua y los efectos de la intervención del gobierno del presidente Carter" y finalmente el de Jorge Lawton C.,

El apoyo a las fuerzas anticomunistas adquiere sentido una vez que éstas participaron en alianza con el sandinismo para el derrocamiento de Somoza. Se canaliza a través del respaldo económico a los proyectos que garantizan la reactivación de la economía privada y a los proyectos gubernamentales que garantizan el mejoramiento de las condiciones de vida general de la población. Política que ya venía siendo alentada por los Estados Unidos en sus programas de crédito de los últimos años, conforme los cuales los recursos facilitados a los gobiernos centroamericanos debían canalizarse en beneficio de los pobres (en ese contexto fueron ubicados los créditos para educación rural, desarrollo municipal y financiamiento de los pequeños productores, por parte de la AID a partir de 1977 en todos los países de Centroamérica). El apoyo a las fuerzas conservadoras y antisomocistas pero definitivamente anticomunistas, elimina la necesidad, al menos por ahora, de brindar apoyo a las fuerzas militares del antiguo régimen. La contrarrevolución se vuelve menos visible, más sutil y más efectiva.

Por el lado de las fuerzas populares la influencia norteamericana asume dos modalidades concretas. En primer lugar refuerza el apoyo a los sindicatos social cristianos y social democráticos, incluyendo a los partidos que los conducen políticamente y, en segundo lugar, hace llegar el mensaje de moderación a los grupos de izquierda, por medio de la participación en el proceso de las naciones más fuertes del área (México, Venezuela, Costa Rica y Panamá). En este juego de relaciones Estados Unidos ha encontrado el camino para insertarse en el esquema mismo de soluciones sandinistas.<sup>47</sup>

Si bien es prematuro afirmar cuál será la definición ideológica del futuro nicaragüense, es evidente que la influencia directa e indirecta de los Estados Unidos para esa definición es sorprendente.<sup>48</sup>

<sup>47</sup> "Crisis de la hegemonía. La política de Carter hacia Nicaragua: 1977-1979". También en el presente número de *Foro Internacional*, es importante ver el análisis de Luis Maira, "Fracaso y reacomodo de la política de los Estados Unidos hacia Centroamérica" y el de Fernando Flores Pinel, "El Estado de seguridad nacional en El Salvador: un fenómeno de crisis hegemónica".

<sup>47</sup> Un análisis de las contradicciones de la política sandinista en relación a la actitud norteamericana en Nicaragua, se encuentra en el trabajo de Jorge Castañeda, "Nicaragua: si el imperialismo no existiera, habría que inventarlo". Publicado en el suplemento de *Unomásuno*, del 29 de diciembre de 1979, México, p. 4.

<sup>48</sup> Es relevante para este aspecto el material surgido de las sesiones del Senado norteamericano, relacionado con el préstamo a Nicaragua, como parte del programa de asistencia especial a los países centroamericanos y del Caribe. En las discusiones aparecen bien claras las fricciones que existen hacia el interior del aparato estatal norteamericano respecto a las relaciones con la revolución sandinista, en el contexto de la estrategia global de esas zonas.